

# La narrativa breve de Onetti



AURORA M. OCAMPO

Se han publicado varios volúmenes de Juan Carlos Onetti, con el título de *Cuentos completos*, pero en realidad sólo han sido, la mayoría de ellos, la reunión de algunos de sus relatos.<sup>1</sup> Monte Ávila Editores, de la ciudad de Caracas, incluyó "Un sueño realizado", "Bienvenido Bob", "Esbjerg en la costa", "La casa en la arena", "Historia del caballero de la rosa y de la virgen encinta que vino de Liliput", "El álbum", "Mascarada", "El infierno tan temido", "Jacob y el otro" y "Justo el treintauno", diez cuentos de los mejores del narrador rioplatense, ni duda cabe, pero que aún en 1968, fecha de esta edición, estaban notoriamente incompletos, no obstante que meses antes de ese mismo año, la misma editorial había publicado también un volumen bajo el título de *Novelas cortas completas*, en el que se incluían dos textos que después, en otras ediciones, serían incluidos como cuentos. Las novelas cortas de esta edición fueron: "El pozo", "Los adioses", "La cara de la desgracia", "Tan triste como ella" y "Para una tumba sin nombre". De éstas, "La cara de la desgracia" y "Tan triste como ella", son los textos incluidos como cuentos en otras ediciones, por ejemplo, la de Ruffinelli en 1972 y la de Alfaguara, España, en 1994. La de Ruffinelli, publicada por Ediciones Corregidor de Buenos Aires, Argentina, en su Serie Popular número 52 fue, hasta esa fecha, la única edición realmente completa de los cuentos de Onetti. Ruffinelli prologa y recoge en ella 22 cuentos, incluyendo los anteriores a "Un sueño realizado", rescatados de publicaciones periódicas. La edición de *Cuentos completos*, Alfaguara, 1994 añade al título los años de recopilación de los cuentos de Onetti: de 1933 a 1993. A esta edición le falta uno de 1945, recogido por Ruffinelli, el cuento intitulado "Nueve de Julio" y añade los relatos publicados después de 1972 más dos inéditos, en resumen 15 relatos más, lo que hace un total de 37. Frente a esta edición, a la que le falta el ya menciona-

do "Nueve de Julio" y que considera como cuentos a las dos ya citadas novelas cortas: "La cara de la desgracia" y "Tan triste como ella" más otras tres: "Jacob y el otro", "La novia robada" y "La muerte y la niña" y dos fragmentos de la primera novela perdida de Onetti *Tiempo de abrazar*, cabe preguntar: ¿por qué entonces no incluyeron las otras tres novelas cortas de Onetti: "El pozo", que tiene la mitad de páginas que "La muerte y la niña", "Para una tumba sin nombre" y "Los adioses" de similar número de páginas? Con estas tres novelas cortas no incluidas, más el cuento "Nueve de Julio", la narrativa breve de Onetti hubiese estado, tal vez, realmente completa.

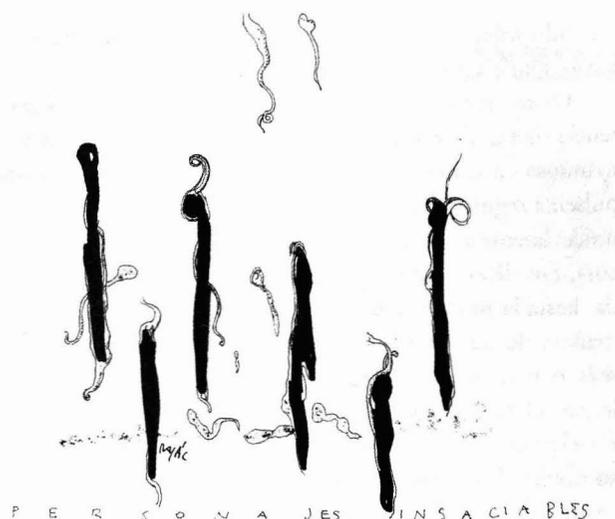
Sin embargo, y después de estas reflexiones bibliográficas, esta edición de 1994 nos ha permitido, al releer en orden cronológico las narraciones de Onetti, comprobar la unidad e íntima interrelación que existe en su obra, así como el hecho de que, desde sus primeros textos, el autor explora variantes de los temas que siempre le interesaron o, tal vez, sería mejor decir, ahonda en las experiencias que siempre lo obsesionaron.

En 1980, en el homenaje que la Universidad Veracruzana le tributara a Onetti en Xalapa, presenté una ponencia<sup>2</sup> que llevaba un epígrafe del propio narrador uruguayo: "Mi literatura es una literatura de bondad." Nada creo, es más cierto, ya que Onetti nos obliga, al leerlo, a enfrentarnos con nosotros mismos.

En alguna ocasión Juan Carlos Onetti comentó que toda su obra literaria aspiraba a narrar "la aventura del hombre", la *aventura existencial del hombre*, es decir, el anhelo excepcionalmente satisfecho de comunión con los demás seres y con lo que nos rodea. Nuestra existencia es, en todas sus dimensiones, una confrontación perenne de dos elementos heterogéneos: el hombre y su antagonista, ese "otro"

<sup>1</sup> Ni siquiera las *Obras completas* de Aguilar incluyeron todos los cuentos publicados de Onetti hasta la fecha de esa edición: 1970.

<sup>2</sup> "La mujer en *El infierno tan temido*", *Texto Crítico*, Revistas del Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias de la Universidad Veracruzana. 18-19, julio-diciembre, 1980, pp. 223-234.



—que no es el hombre y que sentimos lo envuelve y lo aprisiona— llamado sociedad, circunstancias (contextos según Carpentier), prójimo, naturaleza, mundo, universo o Dios. Esa dualidad o contraposición es siempre una lucha, magnífico combate, cualesquiera sean las formas y carices que adopte: angustia o alborozo, tragedia o comedia. Esta polémica, que constituye la sustancia misma de que está hecha nuestra vida, radica en la necesidad de que el hombre y lo que lo rodea —extraños y heterogéneos entre sí— se hagan homogéneos, es decir, se identifiquen. Y esta lucha es el gran tema de la narrativa de Onetti.

La empresa vital del hombre consiste, lo quiera o no, en afanarse en identificar, en fundir el universo y su persona. Todas las dimensiones de nuestra actuación se ocupan esencial y exclusivamente en esto. Pero hay una que por ser la principal es a quien compete el rango supremo en el repertorio de las actividades humanas, *el conocimiento*. El conocimiento como la aprehensión del ser, de lo real por el pensamiento, y una forma, un método de conocimiento es la narrativa misma. Forma híbrida, como diría Sábato, porque participa de la razón y de la intuición, del sujeto y del objeto, del consciente y del subconsciente como todo arte, pero aún más complejo porque su instrumento es el lenguaje, el cual tiene a su alcance todo el conocimiento humano. “Mientras se creyó que la realidad debía ser aprehendida por la sola razón, la literatura parecía relegada a una tarea inferior, heredera vergonzante de la mitología y la fábula, actividad tan adecuada a la mentira como la filosofía y la ciencia a la verdad.” Pero cuando se comprendió, después de la revolución iniciada por Nietzsche y Schopenhauer y continuada por Freud y los surrealistas, que no toda la realidad era la del mundo físico, ni siquiera la de las especulaciones sobre la historia o las categorías; cuando se advirtió que también formaban parte de la realidad los sentimientos y emociones, lo que se sueña y lo que se imagina, entonces se concluyó que las letras eran también un instrumento de conocimiento, *uno de los más capaces de penetrar en el misterioso territorio del hombre*. De ahí que la soledad, el absurdo, la angustia, la

esperanza, la búsqueda del absoluto, el amor y la muerte sean los temas perennes de toda gran literatura.

Pero es evidente que se ha necesitado esta crisis mundial de la civilización en que vivimos, este principio de apocalipsis que ya sufrimos, para que los problemas eternos del ser adquirieran su universal, su terrible y desnuda vigencia, y es Onetti uno de los escritores contemporáneos que más hondo los toca. Fue él también uno de los primeros en mostrar la sutil trama que vincula lo más profundo de la subjetividad de un ser humano con lo más externo de la objetividad y en opinar que el narrador debe tratar de dar la descripción *total* de esa interacción. Los personajes de Onetti nos van a ser revelados en su más profunda interioridad a partir de sus actos y modales, de su apariencia física y de su conducta. En suma, la realidad en Onetti no sólo es la externa de la que nos habla la ciencia y la razón, sino también es ese mundo oscuro infinitamente más importante para la narrativa del uruguayo que el otro. Ya Linacero, el protagonista de su primera novela corta, *El pozo*, aspiraba a contar “la historia de un alma, de ella sola, sin los sucesos en que tuvo que mezclarse, queriendo o no”.

Onetti busca en el hombre su esencial condición humana, su misteriosa relación con el mundo, intentando encontrar un sentido a su existencia en la exploración despiadada de sus contradicciones, de sus abismos y límites, y en el enfrentamiento crucial del hombre con su otra realidad: el ser humano del otro sexo; de ahí que uno de sus temas fundamentales sea la mujer. Como el ser humano es el centro de su reflexión narrativa, Onetti gusta analizarlo en dos de los momentos más críticos de su vida: la madurez y la adolescencia, recreados estupendamente en “Bienvenido Bob”.

El hombre es una realidad esencialmente insatisfecha de sí misma que en esta sociedad de consumo en que vivimos siempre está deseando ser otra cosa de lo que es. Ya vimos que el meollo de toda vida humana es una ontológica nostalgia de “lo otro”, que se traduce en una permanente tensión de lo que no se es o de lo que se pudo haber sido, o de lo que se intuye que se puede ser. Tanto más “sí mismo” llega a ser el hombre cuanto más fiel permanezca al deber de “ser otro”, en el sentido de enriquecimiento espiritual, pues lo que diferencia específicamente al hombre del resto de los seres vivos es que su voluntad de vivir no se traduce sólo en la conservación de la vida sino también *en su evolución espiritual*, y este deseo de perfección ético sólo se logra, para Onetti, mediante *la vivencia del amor*. Sólo se podrá ser “otro”, es decir, mejor de lo que se es, en la medida en que permanecemos abiertos al “otro” y nos entreguemos generosamente a su servicio, lo cual supone colaborar con él en su propio enriquecimiento personal (en nuestro propio enriquecimiento espiritual), ayudar al otro a ser otro.

Cada cuento de Onetti, cada novela, es un intento de explicarse, de introducirse de lleno y para siempre en la vida, y el dramatismo de sus ficciones deriva precisamente de una reiterada comprobación de que todo le es ajeno, de la forzosa

incomunicación que padecen los protagonistas; por ende, el autor, el propio Onetti, “es el fracaso esencial de todo vínculo, el malentendido global de la existencia, el desencuentro del ser con su destino”. El ser humano difícilmente logra la unión con el mundo, por lo general nuestro problema es precisamente ése. No podemos introducirnos en la vida. De esa carencia arranca, paradójicamente, en los protagonistas de la narrativa de este extraordinario escritor, otro camino, otra posibilidad muy bien observada en los seres humanos, la de crear un ser imaginario, un otro yo que se confunde con sus existencias. Un ejemplo es la creación de Brausen: Díaz Grey, en *La vida breve*. En el cuento “Un sueño realizado”, ya no es la intrusión de la imaginación o del sueño en la vigilia sino la realidad forzada a seguir los pasos del sueño. La protagonista, una rechazada que no pudo introducir su soledad en la vida de los otros, ha sentido sólo en un sueño lo que es ternura, comunicación, de ahí que quiera verlo representado, *realizado*, y morir después.

En la entraña de sus cuentos, sólo aparentemente duros y cínicos, agresivos en muchos casos, como gritos desesperados en busca de amor, encontramos en los personajes de Onetti una sensibilidad que se resiste a aceptar que la vida sea sólo corrupción y sordidez, y vuelven empecinados la cara hacia el recuerdo de una frescura, como la protagonista del cuento antes citado, o el de “La cara de la desgracia”, para quien fue suficiente un momento pleno de realización amorosa, para no importarle nada después, ni siquiera que lo acusen de asesinato. El hombre, para el escritor uruguayo, debe cuidar de sí mismo, debe buscar y salvar sus propias esencias; todo esto se convierte en un rígido imperativo moral, puesto que tenemos la obligación, el deber de conservar lo único que nos ha sido otorgado: nuestro propio ser, “...cuando estamos a un paso de aceptar que, en definitiva, sólo uno mismo es importante, porque es lo único que nos ha sido indiscutiblemente confiado”.

Decíamos que a Onetti le interesa el ser humano, sobre todo en esa segunda crisis de su existencia, que se localiza alrededor de los cuarenta años, edad en la que el hombre común y corriente se encuentra fatigado y lleno de desaliento porque no ha logrado realizarse. Es una especial etapa en la que los seres humanos, en medio de la sociedad mercantilista de nuestra época, nos detenemos a reflexionar y nos sentimos vacíos, deshabitados, convertidos en mecánicas formas de vida, en donde lo cotidiano se ha transformado en implacable rutina. Momento crucial en que se nos hace patente que estamos agotados de representar papeles en la vida que, en cierta forma, nos obligan e imponen los demás, cansados de colocarnos diversas máscaras que creemos nos ayudan a ubicarnos en circunstancias diversas. En fin, la época en que nos damos cuenta que ha llegado el momento de realizar un rastreamiento profundo de nuestra realidad subjetiva, de llevar a cabo una reflexión ontológica para vislumbrar nuestro destino, detenernos, por fin, a pensar en cada uno de nosotros como en “un amigo al que no se ha

prestado nunca la debida atención y al que, tal vez, sea posible ayudar”.

Onetti piensa que el hombre a lo largo de toda su existencia puede vivir muchas vidas, multiplicándose y transformándose en otro sujeto con otras características que lo impulsen a seguir actuando dentro de una realidad concreta, lo único latente e inmutable es su alma, su espíritu. “Es otra cosa, nos dice, es que la gente cree estar condenada a una vida, hasta la muerte. Y sólo está condenada a un alma, a una manera de ser. Se puede vivir muchas veces, muchas vidas más o menos largas.” Y estas vidas breves, más o menos largas, el narrador las recreó en cada uno de sus cuentos y novelas, cortas o largas, en las que vivió muchas veces hasta su muerte física pero condenado en todas ellas a una misma manera de ser, a unos mismos anhelos y obsesiones. Esta capacidad de pluralización de vidas fue, en cierto modo, una búsqueda de la salvación de sí mismo, buscó la salvación en cada posibilidad de enfrentarse consigo mismo, en cada una de sus narraciones, en cada personaje, en cada hombre, mujer, niña o adolescente de sus historias. ¿Y qué es lo que enfrenta su creador en ellas?, ¿lo que enfrentan sus personajes?: la soledad, la depresión, la tristeza, el acabamiento, la incomunicación... La soledad, este aislamiento existencial que el hombre suele asumir, por lo general, con angustia y desesperanza. Para Onetti la soledad es una circunstancia vital que cada ser humano debe aceptar en sí mismo para después superarla íntegramente. Lo mismo dice acerca de la tristeza, es decir, el ser humano debe tener conciencia de ella, reconocerla, amarla, comprenderla, merecerla, para quedar libre de la amargura y la desilusión. Así pues, tanto la soledad como la tristeza cumplen su función en tanto que nosotros nos entregamos a ellas con el objeto de trascenderlas. La soledad es también una manera de encontrarnos a nosotros mismos, de descubrir ciertos rostros ocultos que permanecen silenciosos en nuestra realidad subjetiva. El hombre que se encuentra solo tiene la posibilidad de desnudarse a sí mismo, mirando y cuestionando cada una de las facetas que le proporciona su ser esencial. La soledad es, por tanto, un momento de autoconfesión, un encuentro con la verdad, un enfrentamiento con lo radicalmente auténtico, como en el caso de Risso, del cuento “El infierno tan temido” —uno de los más hermosos, complejos y bien escritos de este increíble narrador. En este cuento son vistos, aún más nítida y profundamente, lo que el escritor intuye de la mujer y del amor, del hombre maduro y de la incomunicación, de lo que somos y de lo que nos obligan y nos obligamos a aparentar ser. Analizar este cuento equivale a hundirse en la médula del estilo y las preocupaciones de Onetti, de sus obsesiones y de sus deslumbramientos, en pocas palabras, del infierno de su subconsciente. Este descenso a las profundidades del yo que nos presentan sus historias, este enfrentarse consigo mismo sin concesiones, y lograr hacer de ese enfrentamiento varias obras maestras, ha sido la salvación de Onetti. La salvación en la escritura. La salvación por el arte. ♦